

www.elboomeran.com

Alfredo Bryce Echenique

Dándole pena
a la tristeza



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

Ilustración: imagen de E. A. Cunliffe del Banco Internacional del Perú (fundado en 1897), archivo del autor

Primera edición: octubre 2012

© Alfredo Bryce Echenique, 2012

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2012

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9757-9

Depósito Legal: B. 27457-2012

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla
08750 Molins de Rei

*Para Augusta Thorndike,
con la gran alegría de nuestro
reencuentro.*

Mi enorme gratitud a «Los Benites»,
Martha, Armando, Micaela y Gabriel,
por su compañía y ayuda
mientras escribía esta novela.

La historia es un cementerio de aristocracias.

WILFREDO PARETO

Aun cuando todos nosotros estamos inmersos en la historia, no todos poseemos igual poder para hacer la historia.

C. WRIGHT MILLS

El tiempo es de nieve —decía el señor—; válganos la chimenea.

En este mundo no existen más que los paraísos perdidos.

De todos los rincones de la Tierra, éste es el que mejor me sonrío.

De ahora en adelante, yo seré el conde y Vuesa Merced el cochero.

LORENZO VILLALONGA, *Bearn*

Porque el significado de un noble linaje se halla todo en las tradiciones, es decir en los recuerdos vitales, y él era el último en poseer recuerdos insólitos, distintos de los de las otras familias.

GIUSEPPE TOMASI DI LAMPEDUSA, *El Gatopardo*

Decíase entonces en el lenguaje oficial la Corte de Lima, como se decía la Corte de Madrid.

Llamáronla entonces ciudad «de los reyes» pero no vivían en ella sino príncipes y sultanas.

Quien ve la habitación conoce al huésped. La casa es indiscreta; es como la saya que oculta a la mujer hermosa, pero se cuida de acentuar sus líneas.

RAÚL PORRAS BARRENECHEA,
Pequeña antología de Lima

Primera parte

I

–Nunca llegues a vieja, Alfonsinita... Nunca, pero nunca, llegues a vieja.

–...

–Ni muchísimo menos llegues jamás a réquete vieja, Carlita...

–...

–Ni tú tampoco, Ofelita... Nunca, pero lo que se dice nunca, llegues a réquete vieja... Y muchísimo menos a réquete réquete viejo, como yo. Réquete viejo de verdad, como sólo yo. Réquete réquete viejo, como sólo yo, eso sí que jamás de los jamases, Elenita...

Aunque tomando en cuenta, por supuesto, que ni Alfonsinita ni Carlita ni Ofelita ni Elenita existían ni existieron jamás, la verdad es que era una gran suerte que el bisabuelo Tadeo estuviese ya sordo como una tapia y que pensara además que había siempre algún miembro de la familia haciéndole compañía en aquel rincón de su invernadero al que una enfermera con su toca y todo, y de punta en blanco, además, lo trasladaba cada mañana a las ocho en punto, inmediatamente después de un magro y blanduzco desayuno para desdentado, y de lo más bien

aseado y rasurado ya, cómo no. Un millón de precauciones se tomaban para aquel diario viaje en su silla de ruedas, a una velocidad mínima, desde el tanque de oxígeno de su dormitorio hasta el de su baño y luego desde este segundo tanque hasta el del inmenso invernadero en que se pasaba los días, incluso en verano y con un sol radiante. Un verdadero apiñamiento de chales y bufandas mil hacían desaparecer, invierno y verano, sin distinción alguna de estación, trajes de muy alta calidad británica, en cuanto a tela y confección, chalecos, que los había incluso de gran fantasía, y las eternas y muy coloridas corbatas de enorme lazo que aún conservaba y que fueron estrenadas mil años atrás, una tras otra, a partir del día en que el bisabuelo renunció para siempre a su vida de muy exitoso minero e incluso de temerario precursor de esta actividad en el Perú, según parece, pues de las minas regresó ya viudo y riquísimo, lleno de problemas pulmonares, eso sí, y con un ansia tal de ver mundo que no escatimó gasto ni lujo alguno en aquellos interminables viajes durante los cuales, según su propia afirmación, le dio un par y medio de vueltas completitas al mundo, de gran hotel en gran hotel, de gran restaurante en gran restaurante y de carísimas *cocottes* a cuanto gran casino encontró en sus andanzas. Aunque, valgan verdades, de aquel grandioso apogeo final lo único que se trajo de vuelta al Perú, en su último viaje, el bisabuelo Tadeo, fueron baúles enteros de finísima ropa a la medida, que con el tiempo hubo que empezar a adelgazar y empequeñecer, aunque siempre tomando muy precisa cuenta de la nueva talla y de una inclinación muy torre de Pisa, mucho más que encorvamiento, del ya bien centenario bisabuelo.

Acompañaba tanta camisa y tanto traje a la medida una verdadera florida de corbatas de lazo que mi madre y

mi abuela encontraron siempre de lo más coloridas, pero que el abuelo clásico, o sea el materno, consideró insoportablemente colorinches y hasta inhumanas, según propia afirmación, más unos fabulosos álbumes de estampillas que, éstos sí, podrían dar fiel testimonio del verdadero alcance geográfico de sus andanzas, incluso pioneras y realmente expedicionarias. Y, por último, se trajo también el bisabuelo Tadeo un impresionante automóvil Hispano-suiza descapotable, de color rojo y tapices de cuero de chancho, que utilizó tan sólo muy de vez en cuando y únicamente en verano para visitar en el balneario de La Punta a su hijo mayor, Fermín Antonio, y a la entrañable Madamina, su esposa, con quien le resultó siempre más fácil bromear y congeniar que con el flaco estirado este de mierda, para más señas *mio proprio figlio...*

—Fin de trayecto. Fin de trayecto, pero por esta mañana, que quede claro, que ya después se verá por la tarde y luego también al anochecer —repetía día a día el bisabuelo Tadeo al ingresar a su invernadero personal y alcanzar su establecido rincón, donde, acto seguido, la enfermera tocada procedía a colocarle la pequeña máscara respiratoria que le cubría nariz y boca y abría la pequeña llave roja del tanque de oxígeno que, instantes después, daba comienzo al diario ritual según el cual, al cabo de unos veinte o treinta minutos, máximo, el mismo bisabuelo Tadeo se quitaba la mascarilla del oxígeno, se la entregaba a la señorita tocada, extendiendo para ello el brazo derecho al máximo, lo cual en su caso era ya bastante poco, la verdad, mientras que con el brazo izquierdo encendía un finísimo cigarrillo negro cubano, le pegaba enseguida tres y, de preferencia, hasta cuatro muy esmeradas e interminables pitadas, que, con lo flaquísimo y reducidísimo de contextura general que estaba, debían llenarlo de humo

de pies a cabeza, aunque empezando, cómo no, por los pulmones de los agudos enfisemas. Aplastaba luego el pitillo en un gran cenicero de cristal colocado sobre la mesita redonda que tenía a su izquierda, y miraba a la enfermera en señal de que ya podía conectarlo nuevamente al tanque de oxígeno. Y éste era el preciso momento en que la señorita tocada quiso decirle siempre «Don Tadeo, debería usted pensar en la extrema gravedad de sus enfisemas», pero el viejo, mínimo ya de estatura, se lo impidió siempre también, arrojándole, feliz, una contagiosísima y nada desdeñable bocanada de humo en plena cara.

—Don Ta...

—¿Decía usted, señorita trabajadora?

—Es que don Ta...

—Sindíquese, señorita trabajadora. Sindíquese y organicen usted y sus combativas compañeras una buena huelga antifumadores viejos y réquete viejos.

—A mi sano entender, eso sí que resultaría inhumano, don Tadeo. Yo, en todo caso, desaprobaba un proceder semejante.

—Entonces no me joda y volvamos a la carga con unas cuantas pitaditas más.

—Don Tadeo...

—De don Tadeo nada, señorita trabajadora, y alcánceme más bien los fósforos, por favor, que se me han caído al suelo otra vez.

—Juega usted con fuego, don Tadeo, porque mire el tanque de oxígeno lo cerquita que lo tiene.

—Yo sólo *miro*, señorita trabajadora, que a usted se le paga un sueldo como para que vuele también conmigo. Venga, vamos, déjese usted de sensiblerías y pásame de una vez por todas los fósforos. Los fósforos y chitón boca, señorita trabajadora y tocada. Y tenga de una vez por to-

das esta bocina de purísimo marfil. Lo estúpida que es la gente, la verdad; le regala a uno tesoros como esta bocina que no le sirve más que para oír una cojudez tras otra.

No había pasado ni media hora y ahí estaba el bisabuelo Tadeo con el segundo cigarrillo del día y con las mismas tres o, de preferencia, hasta cuatro larguísimas pitadas que acabaron siempre en una muy apresurada reconexión a aquel gran tanque de oxígeno que fácilmente le llevaba unos veinte o treinta centímetros de estatura y que sin embargo nunca duró lo que en principio debía durar. Y todo ello a pesar de la enfisémica y temprana muerte de su esposa Inge, alemanzota cervecera y del Tirol, para más inri, como él mismo solía decir, agregando siempre que cuando en sus tiempos uno sobrevivía a las mil y una minas de los Andes, a sus precarios túneles y a sus dantescos socavones, morirse luego de un vulgar enfisema resultaba algo sumamente risible, ridículo, e incluso despreciable. Y bueno, pues, al fin y al cabo a Inge nadie la obligó a quedarse en el Perú, a enterrarse con él en una mina tras otra, ni muchísimo menos a casarse con él, y la verdad es que ya bastante tuvo la bisabuela Inge con apoderarse del primer apellido de su esposo, abdicando por completo del suyo, lo cual en el fondo hubiera sido bastante comprensible, la verdad, dado que su primer apellido tirolés era francamente horroroso, ¿pero apoderarse además del segundo apellido de su esposo innecesariamente? Pues no. Eso sí que no. Y la verdad es que aquello fue ya una absoluta falta de decoro y de todo en esta vida.

—Pero, tío Tadeíto... ¿acaso tú no la quisiste alguna vez? ¿Acaso no fuiste tú quien la cortejó, primero, y pidió su mano posteriormente?

—Hasta que la muerte nos separó, puede ser que sí. Y de manera bastante similar creo que de alguna manera le pro-

metí todo aquello ante el cura del diablo ese que nos casó. Pues sí, puede que sí, aunque yo hoy diría, más bien...

—No, por favor no digas nada, tío Tadeíto. ¿Y el recuerdo? Esto sí, tío, ¿y el recuerdo?

—¡Qué recuerdo ni qué ocho cuartos, Adelita! Estoy casi ciego pero quiero que sepas que sigo con la mirada bien puesta en el futuro, únicamente en el futuro, jamás en el pasado, aunque claro que ya tan sólo en el futuro de la industria tabacalera cubana. Entérate por lo menos de esto, porque realmente el tabaco de esa isla es lo único que me interesa ya, junto con mis estampillas y también todos ustedes, por supuesto, aunque ustedes ya en un bien merecido tercer lugar, porque fumador, filatélico y muy sincero siempre lo fui y lo seré, y así hasta que el Señor Todopoderoso me invite a fumar a su lado. Y esto no es ninguna broma, créeme tú, Adelita...

—Pero es que tía Inge, tío...

—¡Carajo! ¡Déjenlo a uno fumar en paz o volamos todos aquí! ¡Con tanque de oxígeno, con invernadero, contigo Adelita y hasta con la tocada señorita trabajadora! Mira... Mira cómo tiento al diablo.

—¡Tío! ¡Tíito, por favor, suelta ese fósforo!

—Pues entonces déjenme fumar en paz o prohíbo todas las visitas a mi invernadero.

—Bien solo que te vas a quedar en ese caso, tíito.

—Déjate ya de llamarme tíito, de una vez por todas, mujer, que me haces sentir que soy un mono o un chimpancé. Y entérate tú, más bien, Sandrita, que solo, bien solo, en la más absoluta soledad, hija mía, es como mejor se disfruta de un cigarrillo. Y si además el tabaco es negro y viene de Cuba, como el mío, pues mismito placer de los dioses, Marisita.

Por supuesto que ni Marisita ni Sandrita ni Adelita,

como antes sus otras hermanas, existían, ni existieron jamás tampoco, pero es que el bisabuelo Tadeo de Ontañeta se inventó con los años toda una interminable ensalada de sobrinas, que además con el tiempo cambiaban de nombre bastante a menudo, en un desesperado e inútil afán de borrar para siempre el tan doloroso recuerdo de los cuatro hijos, dos hombres y dos mujeres, o sea los tíos abuelos Froilán y Octavio y las tías abuelas Beatriz y Florencia, fallecidos todos en el mismo ómnibus que se desbarrancó regresando de Cerro de Pasco a Lima, aunque desgraciadamente, también, esta total inclinación por las sobrinitas en aquella tan dolorosa ensalada mental, que excluyó casi siempre por completo a los sobrinitos varones de la desbordada y patética imaginación del anciano, era fruto nada menos que de la perversa inclinación por las niñas de muy corta edad que manifestó siempre don Tadeo. Sin embargo, con el largo paso de los años y las décadas, don Fermín Antonio, el mayor de sus hijos, se convenció de que aquella perversa inclinación había pasado a ser cosa de un ya muy lejano pasado.

Muy malheridos quedaron, también, en el trágico accidente acaecido durante aquel viaje de Cerro de Pasco a Lima, el abuelo Fermín Antonio y su hermano Fernando, aunque vivieron para contarla, para contarla de muy distintas maneras, eso sí, y sobre todo para convertir poco a poco en equilibrio y mesura, el uno, y en franca y abierta desmesura, el otro, todo aquello que su padre, el bisabuelo Tadeo de Ontañeta Tristán, había convertido a su vez en desequilibrio y hasta en franco libertinaje, no bien falleció Inge la Tirolesa, como hasta el día de hoy se le sigue llamando a la alemanzota aquella en la familia.

Pero tardaron lo suyo en enderezar rumbos, el abuelo Fermín Antonio y su hermano Fernando, nuestro tío abue-

lo, aunque muchísimo más el segundo que el primero, y esto sí que nos consta bastante bien a las hermanas De Ontañeta Basombrío, ya que tanto papá como mamá salieron una y mil veces disparados a calmar con una verdadera andanada de tilas y hierbabuenas a la abuela Madamina, a nuestra adorada abuela Madamina, enloquecida una vez más la pobrecita con esta nueva cana al aire del hombre más serio del mundo, aunque, eso sí, con un verdadero arsenal de hazañas galantes en su haber, que él, sin embargo, justificaba como obligaciones atribuibles ante todo a su calidad de caballero, lo cual, además, tratándose de él, no dejaba de ser bastante admisible, ya que el abuelo Fermín Antonio de Ontañeta Tristán, alto, sumamente flaco, sesentón ya por entonces, muy enjuto, de nariz aguileña y clásicamente elegantísimo, fue siempre hombre de palabra y de muy grandes convicciones y buenos ejemplos, por más que en lo concerniente a sus episodios galantes fuese preferible juzgarlo con criterios realmente avanzados o *muy muy* laxos, que por ahí se le podría otorgar alguna razón, tal vez, como también postergando o más bien dejando en suspenso todo aquel dechado de virtudes inherentes a su señorío, aunque a fin de cuentas lo mejor y lo más sano, opinó siempre su gran amigo Ezequiel Lisboa, era hacerse el de la vista gorda, en fin, un si te vi ya no me acuerdo o algo así.

Aunque, valgan verdades, lo cierto es también que durante aquellas sigilosas y galantes ocasiones, a la par que correrías e incursiones nocherniegas, el muy flaco, seco y alto caballero hizo siempre uso de la una y mil llaves de tantísimas casas, situadas casi todas en el denominado Damerero de Pizarro o en sus inmediaciones –aunque además hubo un llaverito para la temporada de verano en el balneario de La Punta–, que colgaban sonoras de un gigan-

tesco llavero, una argollota, más bien, que Claudio, su eterno chofer de nacionalidad chilena, sacó siempre oportuna y sigilosamente de la maletera de un automóvil Chrysler, de un color azul muy oscuro, como quien encuentra a la par un tesoro y mil herramientas, y cerrando además casi en el acto los ojos, para ignorarlo siempre todo, absolutamente todo, acerca de la puerta por la que entraría don Fermín Antonio y de la llave que para este fin empleaba, ya que entre sus obligaciones la más importante de todas era sin lugar a dudas una absoluta discreción, aunque además, cómo no, estaba también aquel gran afecto por un hombre que jamás se cansó de repetir: «Mi guerra es con el gobierno de Chile, jamás con ciudadano chileno alguno, y la prueba más rotunda de ello es usted mismo, Claudio, que lleva ya veinticinco años con sus uniformes para cada estación y también para cada ocasión, sin contar además con el uniforme destinado exclusivamente a Palacio de Gobierno, al volante de mis muy diversos Chryslers azul muy oscuro, pues éstos cambian y se renuevan, mas no usted, Claudio, porque a usted jamás lo cambiaré yo, y, lo que es más, mientras usted y su señora esposa lo deseen, el acuerdo al que alguna vez llegamos se renovará solo, salvo en lo que se refiere a los estipendios mensuales, claro está.»

Como muy claro estuvo siempre, también, que las aguas volvieron una y otra vez a su cauce al regresar el abuelo a su señorial casona limeña, al cabo de una serena y, eso sí, muy negociada semana de autocontrol y templanza en la suite presidencial del Gran Hotel Bolívar. Bastaba para ello, además, con que la abuela Madamina enviara a nuestra madre a parlamentar con el abuelo, y que ésta, a su vez, le rogara a su madre que en su lugar fuera papá, pero, eso sí, acompañado por el alegre tío Klaus von

Schulden, el esposo de tía María Isabel, hermana menor de mamá, ya que papá, que además de hijo político es primo hermano del disoluto caballero, aunque en su caso, eso sí, de un temperamento sumamente anglosajón, que le viene por el lado Wingfield, qué duda cabe, ya que además es lo más flemático del mundo y de una extrema severidad, pues sí que papá habría sido incluso capaz de exigir algo tan cuáquero como una inmediata entrega de la argolla mágica del abuelo, llave por llave, hasta la última casa de Lima y balnearios, o sea también el veraniego llavero destinado a La Punta, aunque no dejara de existir también, según nos contara en su día un jubilado, anciano, y aún acucioso y muy minucioso Claudio, un tercer llaverito más, destinado éste a rapidísimas incursiones al entonces naciente balneario de Ancón.

Sin embargo, esta misma severidad de nuestro padre era muy pertinente en el caso de que el tío Klaus von Schulden, que no por nada arma a cada rato la de Dios es Cristo en el bar del Lima Golf Club, le exigiese nuevamente al abuelo la entrega de una de las piezas que él más apreciaba en aquel llavero: nada menos que la de la casa de su madre, viuda muy reciente de don Hans von Schulden y aún por consolar.

—Pobre don Fermín Antonio —solía repetir Claudio en estas complicadas y silentes ocasiones en que, lo único que al servicio doméstico le quedaba claro, aunque bastante más claro a unos que a otros, debido a sus jerarquías y antigüedades en casa de los señores y, qué duda cabe, asimismo por esta nueva ausencia de don Fermín Antonio y por el pésimo semblante de doña Madamina, acompañado encima de todo por aquel incesante trasiego de tilas y tisanas allá en los altos de los señores, en fin, que lo único que le quedaba realmente claro a todos, allá en la zona de

servicio, es que Troya había ardido una vez más en la casona de la avenida Alfonso Ugarte. Y por alguna razón tendría que ser...

Porque alguna razón tiene que haber, pues, eso sí que sí. Y era entonces cuando los domésticos recién bajados del Ande, cumpliendo con una ley de vida, optaban por la más callada y humilde desaparición, obligados, cómo no, también, por los ojos suplicantes con que los servidores más antiguos o menos andinos miraban a don Claudio, que extranjero y rubio de ojos verdes como es, por supuesto que tiene que estar más al tanto de todo que nosotros, como que dos y dos son cuatro. Además, don Claudio trabaja directamente con el ausente de repente, aunque también frecuente, para qué negarlo, valgan verdades, y que es sin duda alguna el responsable de tanta tila y tanta tisana para los nervios alteradísimos de doña Madamina, la pobrecita, que bien sabido es lo santa que ha sido y será siempre, o sea pues que, resumiendo, por obra de ella sí que de ninguna manera puede ser...

Claudio, entonces, respetando como nunca la casa, aunque no tan sólo a sus propietarios sino también a todos los que en ella habitaban o laboraban, excepción hecha de aquellas ya desaparecidas excepciones andinas, optaba entonces por sacar finalmente de babias a todos los ahí presentes, aunque siempre con la discreción que le corresponde a un chofer que, eso sí, a pesar de ser chofer rubio y de ojos verdes, está antes que nada al servicio del caballero don Fermín Antonio o don Fermín a secas, para hacerla más breve:

–Pues diría yo –intervenía entonces Claudio, por fin–, que, a mi sabio entender y parecer, don Fermín Antonio se nos ha quedado una nueva temporadita sin poder cumplir con su deber de caballero, también fuera de casa.

Los había ahí que entendían más unos que otros, cómo no, aunque aquello de *a mi sabio entender y parecer*, en boca además de un extranjero rubio y bien parecido, sí que tenía que salirle del fondo del alma a aquel chofer de uniforme según la temporada y gorra ídem, amén de esos verdes ojos extranjeros y un acento bien como risueño y resbaladizo, pero que, chino o chileno, para la ocasión daba exactamente lo mismo.

—Más claro el agua —le comentó a su ayudanta e hija, la vieja cocinera Juana Briceño, ya en el dormitorio que ocupaban en el segundo piso popular (el segundo piso familiar quedaba bastante más arriba), y mientras los empleados de sexo masculino atravesaban un pequeño puente que los llevaba hacia sus dormitorios y baños, y que se diría destinado a alejarlos además al máximo, sobre todo ahora, de la inmensa tentación que acababa de llegar y de alojarse al otro lado del río, aunque también es cierto que en la planta baja del caserón aquel.

En efecto, la sutil inspección que el propio don Fermín Antonio realizaba por los amplios y cómodos sectores destinados a la domesticidad, el último día de cada mes y con el pretexto de entregarle a cada uno un sobre con su sueldo, lo había hecho reparar en Mechita, una ondulante y curvilínea muchachota de aires tan suaves como súbitamente rapaces, y pues sí, Madamina, tan súbitamente rapaces que sólo a una santa como tú se le ocurre contratar a alguien que sin duda alguna terminará poniendo patas arriba el gallinero, e incluso insolentando, cuando no sublevando, al servicio entero de casa. Y no excluyo ni a Claudio...

Pero la verdad es que, en ese preciso instante, don Fermín Antonio se vio nada menos que a sí mismo caminando nocturnal en busca de un gallinero que alborotar, mientras Claudio cerraba los ojos y le extendía como siempre su

argollota limeña, aunque agregando en esta ocasión una muy precavida y sigilosa linternita que, en realidad, lo mejor que pudo hacer fue iluminarle a don Fermín Antonio el camino a la dura realidad.

—Dios mío —añadió el enjuto y nocturnal caballero—: Dios mío, Madamina, la tal Mechita esa...

—Mechita ha llegado premunida de una excelente carta de recomendación. Y la firma nada menos que la esposa de tu gran amigo Eudocio Colmenares...

—En cuyo caso querrás decir más bien que la tal Mechita es poseedora de una brillante foja de servicios, lo cual precisamente en esta oportunidad quiere decir que la muchacha es exactamente todo lo contrario de... En fin, todo lo contrario de todo lo que necesitamos en esta casa, ¿me hago entender, Madamina?

—Yo creo que no, Fermín Antonio.

—Entonces, por favor, mañana mismo me despides a esa tal Mechita, Meche o Mechota, como quiera que se llame la no sé cuántos aquella. Y me la pones de patitas en la calle. Verás de inmediato que todo se arregla, y sin dejar muertos ni heridos, mujer. ¿Estamos de acuerdo, Madamina?

—Fermín Antonio, con esa recomendación, con tan excelente recomendación, no encontraremos a nadie más en Lima.

—Pues entonces yo me largo al club, mientras tú buscas en provincias. ¿No eras tú misma quien afirmaba que de Cajamarca llegan las mejores empleadas del mundo entero?

—Por ahora, Fermín Antonio, lo mejor que puedo hacer es recordarte que el club ya cerró.

—Pues entonces bajo un momento al bar.

—¿Te acompaño y me sirves una copichuela?

—Mujer, la muchacha se queda, de acuerdo, pues tampoco le voy a negar una oportunidad a un ser humano tan sólo porque ha sido bien dotado por la naturaleza. Pero que esté muy claro también que se queda bajo tu estricta responsabilidad. Y por ahora nosotros dos nos vamos al bar y brindamos por cualquier cosa menos por la tal Mechita esa.

—¡Un santo, Fermín Antonio! ¡Yo siempre he sabido que en el fondo tú siempre has sido y serás un santo varón!

Pero fueron precisamente estas mismas palabras, *un santo varón*, las que de golpe y porrazo le abrieron de par en par los ojos a la inefable abuela Madamina. O sea que ni Meche ni Mechita ni nada que se le parezca quedaba en la casa al día siguiente cuando don Fermín Antonio regresó a la hora del almuerzo.

—¿Cómo? ¿Y Mechita, Madamina? —le preguntó entonces el abuelo.

—A esta casa no ha llegado nunca nadie que responda a ese nombre. Ni tampoco *nada* ni nadie que se le parezca. ¿Queda claro, Fermín Antonio?

—Como dos gotas de agua, Madamina.

Y exactamente a las cuatro en punto de cada tarde, como a lo largo ya de tantísimos años, emprendió don Fermín Antonio el diario camino de regreso al centro de Lima, para lo cual bajaba antes al sótano de la casa, lo atravesaba de un extremo a otro, y en su largo camino examinaba brevemente los depósitos llenos de olvidados trastos viejos y luego aquel otro cuarto, bastante más pequeño y oculto, donde la joya de la corona era una suerte de gigantesca caja fuerte, absolutamente invisible, eso sí, en la cual, entre otros tesoros familiares, había alhajas, monedas de oro, las más hermosas fuentes de plata y de porcelana, soperas como cúpulas de catedrales, barrocos o sencillísimos juegos de té, muy variadas vajillas, las cuberterías de plata y

la de oro, inefable y absurda chifladura del bisabuelo Ta-deo de Ontañeta Tristán derrochando en Praga, y otros enseres de incalculable valor, reservados todos exclusivamente para las más grandes ocasiones, cuando lo único notable es que día tras día son cada vez menos las grandes ocasiones, y todo debido al mentecato este de Billinghamurst y los dos paros obreros de esta última década...

—¡Carajo, que viva Piérola! ¡Y por insensato que suene hoy! —se desvivía entonces don Fermín Antonio, deteniéndose y hablando consigo mismo.

Por último, avanzando tan sólo unos metros más allá, deliciosa, se hallaba la bodega perfectamente bien acondicionada en la que el abuelo conservaba su gran reserva de los mejores tintos de Francia, pues siempre optó don Fermín Antonio por los burdeos y los borgoña. A un lado se hallaba también el vino blanco y docenas de botellas de Dom Pérignon, su preferido entre los grandes champagnes.

A don Fermín Antonio le encantaba encender un instante la luz de su bodega y echarle un diario vistazo, tan fugaz como sabroso, a todo aquello. Continuaba enseguida por el largo corredor que lo llevaba hasta la cochera en la que Claudio lo esperaba, por supuesto que luciendo ya la gorra que le correspondía al uniforme que llevaba puesto, y siempre al pie del Chrysler azul marino muy oscuro, con la puerta derecha trasera bien abierta para que suba el caballero.

Instalado ya el abuelo en su habitual asiento, la puerta que daba a la calle la abría el joven mayordomo Honorato, brazo derecho del perfecto y eterno Horacio, primer mayordomo del palacete español de don Fermín Antonio. Una seña de Honorato le indicaba a Claudio el momento preciso en que podía dar marcha atrás hasta alcanzar el nivel de la vereda, primero, y situarse luego en la calzada la-

teral izquierda de la avenida Alfonso Ugarte, según se mire desde la plaza Bolognesi hacia la plaza Dos de Mayo. Alfonso Ugarte había sido la primera avenida de cuatro pistas de Lima y, fruto del dinero, del azar, o de la más absurda y hasta ridícula competitividad, en ella se alzaban las mansiones de los cuatro principales banqueros del Perú. Pero, en fin, ahora venía la eterna pregunta dos veces repetida diariamente por Claudio, y siempre también a la misma y muy puntual hora de toda la vida:

—¿Qué rumbo tomará en esta oportunidad el caballero?

—El banco, Claudio; tenga usted la amabilidad de tomar el rumbo del Banco Nacional del Perú.

—Servidor, don Fermín Antonio. Y le ruego perdonarme si le doy la espalda.

—Pues no sea usted tan mentecato, Claudio. Porque lo que es yo, no veo otra manera de que pueda usted conducir este vehículo sin matarnos los dos.

Por supuesto que el camino escogido fue siempre exactamente el mismo, con excepción de aquellas contadísimas ocasiones en que don Fermín Antonio optaba por caminar algunas cuadras, seguido muy de cerca por Claudio al volante del Chrysler, y llevado el limeñísimo caballero por el deseo de comprobar cómo crecía su hermosa ciudad y de acordarse cada vez de la memez de cierta gente cuando utilizaba la expresión *Voy a Lima*, porque se hallaba en un algún distrito, verbigracia Barranco, Miraflores o San Isidro, ignorando que estos y todos los demás distritos formaban la Gran Lima, y que lo correcto en semejantes casos hubiera sido decir *Voy al centro de Lima* o *Me dirijo a la zona del Cercado...* O también, cómo no, *Mi destino, esta vez, es el Dameron de Pizarro*.

—Y además con mayúsculas, Claudio. *Con* mayúsculas. ¿Me escucha?

—Por supuesto, don Fermín Antonio —repitió eternamente Claudio, mientras le abría la puerta del Chrysler para que el caballero ocupara nuevamente su habitual asiento azul marino y muy oscuro, cómo no.

—Y es que hay gente que, no contenta con empequeñecer la ciudad en que nació, ni siquiera se toma el trabajo de emplear las mayúsculas que en cada uno de los citados ejemplos corresponde, Claudio.

—Pierda usted cuidado, don Fermín Antonio, que en adelante estaré muy atento a las mayúsculas cada vez que escriba las susodichas palabras. Y se agradece la ciencia.

—Y también le agradezco yo a usted el viaje, Claudio —repetía diariamente el abuelo Fermín Antonio, mañana, tarde, y por último cada noche, al regresar a su residencia de Alfonso Ugarte o dirigirse al Club Nacional, en cuyo caso Claudio lo esperaba muy puntualmente una hora y media más, antes de emprender el rumbo final y darse, ahora sí, las buenas noches en el garaje de la casona de Alfonso Ugarte.

El Club Nacional fue otra de las tantas instituciones que, como antes la Beneficencia Pública, la Caja de Depósitos y Consignaciones o el Banco Central de Reserva, y ahora su propio banco, presidió don Fermín Antonio, aunque nada de ello le impidió nunca llegar al club los martes y los jueves, cronometradamente, a diez para las ocho de la noche, ya que los martes brindaba con su viejo amigo Ezequiel Lisboa y los jueves le repetía exactamente los mismos excelentes augurios a don Felipe José de Zavala, otro de sus grandes amigos, empleando para ello, igualitas, las mismas sonoras aunque sensibles palabras. Y al instante, cada martes y cada jueves, los amigotes alzaban sus copichuelas de un muy añejo Rémy-Martin, fingían un toquecillo de cristales, y soltaban enseguida, al unísono, sus venturosas palabras.